

La Europa Cristiana: «Reflexiones sin complejos»

Por Francisco Vázquez

Posiblemente el conocimiento de la Historia, sea el mejor hilo conductor de nuestro pensamiento a la hora de construir los criterios que nos permitan formar opinión ante las disyuntivas que la vida en su discurrir nos va planteando.

Los hechos acaecidos y las decisiones tomadas en el pasado, nos enseñan con claridad meridiana cuales fueron las consecuencias de las conductas seguidas por nuestros antepasados, premisa que justifica el axioma conocido que nos dice que «los pueblos que ignoran su historia, están condenados a repetir los errores del ayer».

Pero la Historia para mi es sobre todo un notario de la verdad. Asépticamente nos informa de los acontecimientos y sus protagonistas sin tomar partido ni interpretar. En su esencia, es una información puntual y objetiva, ordenada cronológicamente, de los sucesos de toda naturaleza en la vida de las personas, de las naciones o de las civilizaciones, sin entrar a considerar la bondad o la maldad del hecho en sí o de las consecuencias sobrevenidas. Dicho «a la pata la llana», simplemente nos dice lo que paso y después nosotros interpretamos.



No es baladí esta muy breve introducción porque en ella fundamento el contenido y la finalidad del presente trabajo, que no es más que demostrar cómo a la luz de la historia, **Europa, la civilización y la cultura que conocemos como europea, no puede entenderse sin la aportación fundacional de la**

religión cristiana en sus orígenes y de su participación en su posterior consolidación y expansión.

Estando próximas unas elecciones de alcance europeo, es un buen momento para que los católicos, a la luz de nuestra fe, re-

Europa, la civilización y la cultura que conocemos como europea no puede entenderse sin la aportación fundacional de la religión cristiana en sus orígenes y de su participación en su posterior consolidación y expansión.

flexionemos sobre los contenidos que consideramos deben reunir las políticas europeas y cuáles deben ser las prioridades que deben atender sobre todo en el terreno de los principios doctrinales y de los valores morales de nuestra Iglesia.

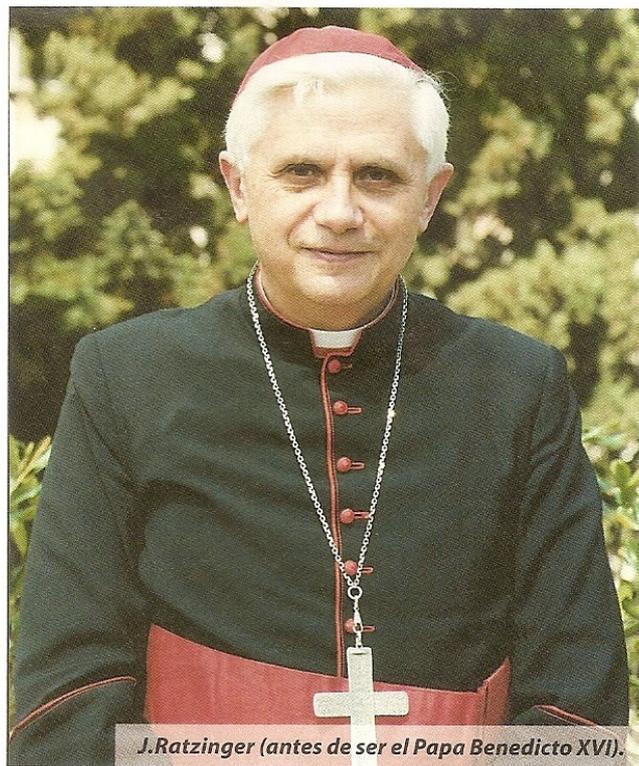
En una fase todavía inicial del proceso de unidad europea, cuando todavía se están dando los pasos iniciales en la creación de las instituciones comunes, cuando todavía se están definiendo sus competencias y sobre todo cuando todavía en este escenario lleno de dudas e incertidumbres, observamos el empeño existente en ignorar e incluso negar las raíces cristianas de Europa, considero innegable la necesidad de que los cristianos, no sólo los católicos, con nuestro voto defendamos un modelo de sociedad europeo acorde y respetuoso con los principios evangélicos.

Con ocasión del cincuenta aniversario de los Tratados de Roma, en un precioso discurso pronunciado por Benedicto XVI ante la Comisión de los Episcopados de la Unión

Europea, reunida en Roma, el Papa afirmó y citó textualmente: «La identidad propia de Europa es historia, cultural y moral antes que geográfica, económica y política; es una identidad constituida por un conjunto de valores universales que el cristianismo ha contribuido a forjar, adquiriendo así un papel no solo histórico sino también fundante con respecto a Europa».

Clara definición y a la vez rotundo diagnóstico de las carencias que para nuestra sociedad representa prescindir de sus orígenes cristianos. Benedicto XVI es uno de los más grandes intelectuales del siglo XX y gran parte de su obra está precisamente dedicada al propósito de conciliar los conceptos de fe y razón, armonizando el pensamiento de la Iglesia con la modernidad, recordando el transcendental encuentro de la tradición mesiánica hebrea con el racionalismo griego que sienta las bases fundacionales de la civilización europea.

El anterior Pontífice, tomando como fuente principal a San Pablo y a su admirado San Agustín, armoniza con su análisis de la historia del pensamiento la coexistencia e inclu-



J. Ratzinger (antes de ser el Papa Benedicto XVI).

Hoy los creyentes debemos superar una creciente sensación de inferioridad o de marginalidad, nacida del contexto social y cultural en el que vivimos, donde los valores cristianos se asimilan a vestigios del pasado, considerándose a la religión como un anacronismo contrario a todas las manifestaciones de una modernidad liberadora donde la misma idea de Dios se niega.

so la continuidad entre las ideas de los ilustrados dieciochescos y la tradición cristiana, superando las disyuntivas y las contradicciones entre razón y fe que surgieron en el siglo de las luces y se agudizaron en el siglo XIX por las polémicas entre ciencia y religión.

Joseph Ratzinger nos enseña a los católicos cómo es posible el diálogo y cómo se deben tender puentes a la colaboración entre las corrientes de pensamiento cristianas y las corrientes laicas.

Colaborar es trabajar en común para construir un proyecto compartido, y sin duda Europa es un magnífico ejemplo de la invitación que a los creyentes nos hacía Benedicto XVI de participar y colaborar sin complejos, orgullosos de la aportación del humanismo cristiano a la construcción de nuestra identidad europea en todos los campos.

Hoy los creyentes debemos superar una creciente sensación de inferioridad o de marginalidad, nacida del contexto social y cultural en el que vivimos, donde los valores cristianos se asimilan a vestigios del pasado, considerándose a la religión como un anacronismo contrario a todas las manifestaciones de una modernidad

liberadora donde la misma idea de Dios se niega, asimilándola a una superchería propia de ignorantes o de fanáticos intolerantes, totalmente superada por los avances científicos.

No son ni cómodos ni fáciles para los cristianos los escenarios cotidianos de la sociedad actual. El testimonio público de la fe es ir contracorriente del estilo de vida en boga y colisionar intelectualmente con el relativismo absoluto dominante.

Pero estas dificultades se incrementan cuando no se da respuesta a esa ofensiva que busca reducir la religión al ámbito exclusivo de lo privado y que como sucede en España, paulatinamente va consiguiendo imponer la idea de que cualquier manifestación pública hecha en defensa del hecho religioso, constituye una injerencia inadmisibile contra la libertad de pensamiento y un intento de imposición en la esfera de lo civil de la moral cristiana.

No caben silencios que terminan siendo cómplices, sobre todo cuando nacen de ignorar el papel decisivo de la religión cristiana en la conformación de los valores que identifican la cultura y la civilización europea en el contexto de la propia historia de la huma-

La Europa que nos define Benedicto XVI es la nacida del encuentro y la conjunción entre el cristianismo y el mundo clásico greco-romano.

nidad. La singularidad de principios como la democracia, el imperio de la ley, la solidaridad, el valor de la ética en las relaciones humanas son parte integrante del modelo de sociedad que Europa expande por el mundo en sus épocas de esplendor y que se constituyen como definitorios de sus estructuras políticas.

En todos ellos están presentes los principios del humanismo cristiano y como destacaba Joseph Ratzinger en párrafos anteriores los valores cristianos son los que realmente han inspirado los valores democráticos de las sociedades europeas, máxima cuando no hay contradicción entre los concepto de fe y razón.

La Europa que nos define Benedicto XVI es la nacida del encuentro y la conjunción entre el cristianismo y el mundo clásico greco-romano.

La Europa actual hunde sus raíces en el resultado del perfecto maridaje logrado entre la filosofía griega, el derecho romano y los evangelios cristianos.

En los «Hechos de los Apóstoles», en el capítulo 16, versículo 9, se nos dice que «por la noche tuvo Pablo una visión. Un varón macedonio se le puso delante y rogándole decía: pasa a Macedonia y ayúdanos». La expansión del cristianismo que representan las primeras predicaciones de San Pablo en el mundo helenístico, tienen pronto su continuidad con las presencias de discípulos en la propia Roma, universalizando así el mensaje de Jesús en todo el mundo conocido de aquel tiempo y estableciendo el encuentro entre el

Oriente monoteísta judaizante y el occidente racionalista de la cultura clásica.

El cristianismo pronto supera la tentación de sentirse el pueblo de Dios, el único que asentado en su verdad particular puede disfrutar de la condición de elegido; por consiguiente ni se aísla ni se cierra al diálogo con otras corrientes de pensamiento, lo que permite que desde el primer momento razón y fe resulten verdades complementarias.

Benedicto XVI lo establece con meridiana claridad en su discurso de Ratisbona cuando invita a abrirse a «la amplitud de la razón». Es impresionante la cita final del Emperador Manuel II, con la que el Pontífice terminó aquella magnífica e incomprensible intervención académica: «No actuar según la razón, no actuar con el logo, es contrario a la naturaleza de Dios».

Trasladado al presente, esta aseveración resulta altamente clarificadora porque refleja una Iglesia que ni puede imponer ni busca situaciones de privilegio. Firme en la defensa de aquellos de sus valores que son irrenunciables, como la defensa de la vida, acepta el encuentro y la colaboración con las corrientes laicas en base a unas raíces comunes, en las que el cristianismo ocupa un lugar preeminente. La Iglesia únicamente pide tan solo el respeto debido a su razón, tal como indicó Benedicto XVI en Ratisbona: «A interrogarse sobre Dios por medio de la razón».

Pero este encuentro inicial del cristianismo con el mundo clásico y que sienta los valores de la cultura y la civilización europea, se conserva y se expande gracias a la labor

Códices de San Millán



de la Iglesia que a la caída del Imperio Romano, se convierte en guardiana y transmisora del saber, gracias a monjes y monasterios que conservan en códices y manuscritos todos los conocimientos adquiridos por el hombre y que en los turbulentos tiempos de la Edad Media corrieron el riesgo de desaparecer.

Hay un hecho histórico poco aireado por la Iglesia, que fundamenta todavía más los orí-

genes cristianos de Europa. Cuando la Iglesia inicia su labor misionera, clérigos y monjes pasan las orillas del Rhin y del Danubio para evangelizar a los pueblos bárbaros del norte y llegan hasta donde no lo hicieron las legiones romanas.

Aquellos misioneros desarrollaron una decisiva labor civilizadora. A ellos se les puede considerar los verdaderos padres de la

Frailes, monjes y clérigos convirtieron en naciones a pueblos que simplemente eran tribus y clanes enfrentados entre sí y carentes de una autoridad común. Los dotaron de estructuras jerarquizadas e introdujeron en sus usos sociales los rudimentos del derecho.



Hermanos Cirilo y Metodio.

unidad europea, porque con su predicación expandieron e implantaron en todo el continente, no solo un elemento cohesionador como fue la religión cristiana, sino que dotaron a aquellos pueblos de estructuras organizativas sociales, culturales y políticas, que conservando diversidades y singularidades nacidas de sus tradiciones y entornos físicos, permitieron que contaran con los elementos comunes que el derecho romano, la democracia griega, la cultura clásica en definitiva, habían construido como señas de identidad para toda la amalgama de pueblos e invasores que poblaban Europa.

Friles, monjes y clérigos convirtieron en naciones a pueblos que simplemente eran tribus y clanes enfrentados entre sí y carentes de una autoridad común. Los

dotaron de estructuras jerarquizadas e introdujeron en sus usos sociales los rudimentos del derecho.

Los alfabetizaron y los asentaron en torno a iglesias y monasterios, contribuyendo así a terminar con su condición en muchos casos de pueblos nómadas, lo que permitió iniciarles en las tareas agrícolas y ganaderas, a la vez que se perfeccionaban en labores de artesanía.

La ciencia y el saber helénico, la tecnología y el derecho romano acompañaban la predicación del Evangelio. Los misioneros eran también maestros, arquitectos, ingenieros, jueces y agrimensores. La cruz se convirtió en el foco civilizador de los pueblos bárbaros. La cultura se expandió y prendió entre los feroces vikingos y los belicosos sajones de Escandinavia; entre los pictos y escotos más allá del muro de Adriano. San Patricio llegó a Irlanda y sus monjes a la lejana Islandia. Todos los pueblos germánicos se incorporaron a aquella incipiente sociedad común europea construida a la sombra del Evangelio.

Los textos sagrados se tradujeron a las lenguas eslavas, y los hermanos Cirilo y Metodio llevaron la predicación del cristianismo hasta los últimos confines de Rusia, a las mismas puertas de Asia, superando así la fe la división política de los Imperios de Occidente y de Oriente, haciendo realidad la unidad cultural del espacio físico abarcado entre el Atlántico y los Urales, que siglos después marcarán como meta los creadores de la actual Europa, como el General De Gaulle.

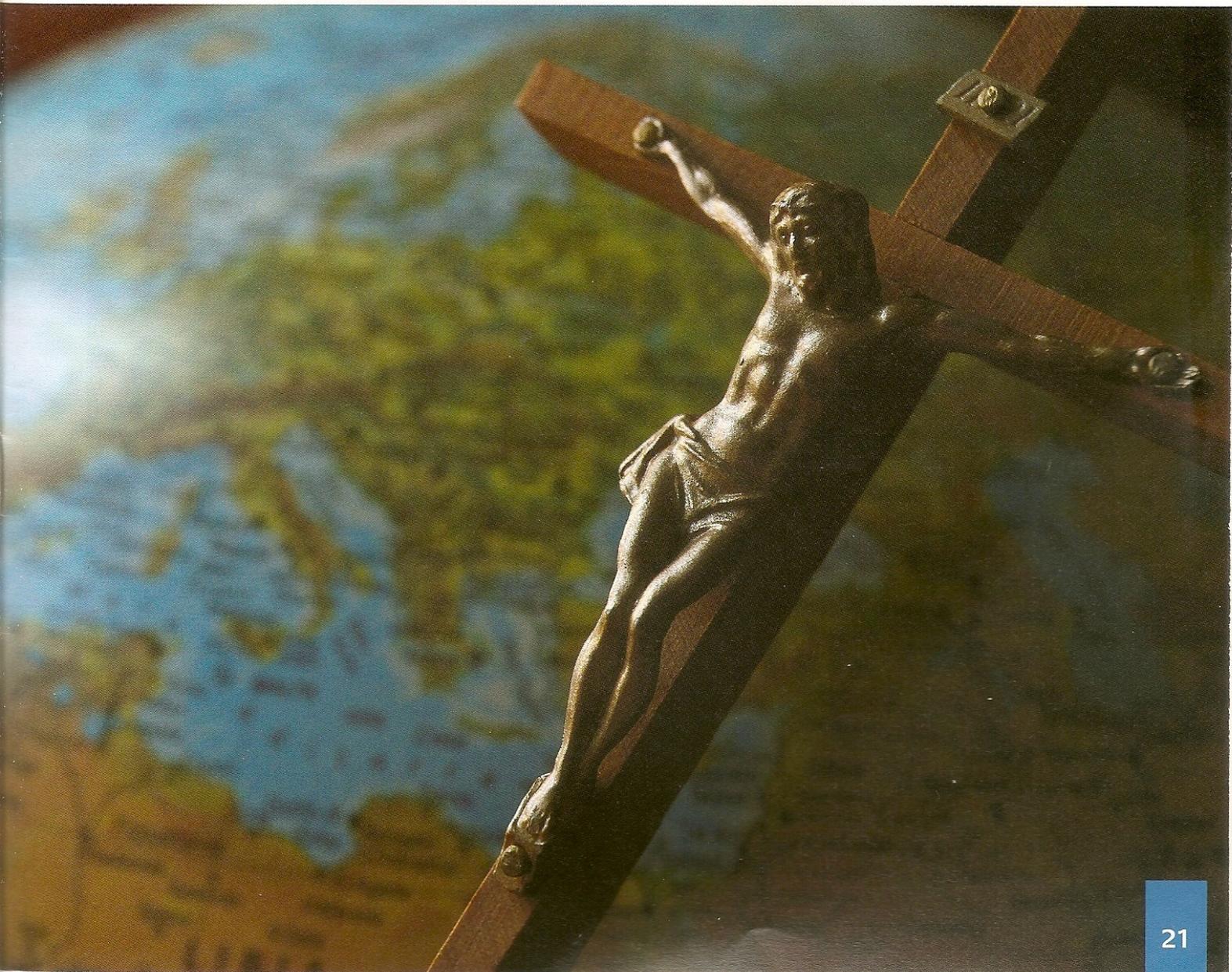
Y estos valores identitarios europeos, son los que siglos después llevan los misioneros primero a América y después a tierras de África y de Asia. A la espada de los conquistadores le acompaña siempre la cruz de los predicadores, que levantan escuelas y universidades, denuncian los excesos de los colonizadores y proclaman la condición de seres humanos de los pueblos autóctonos, condenando la esclavitud.

Como señalé al principio, la Historia es la mejor fedataria de la verdad y los hechos son los que son, al igual que las personas o las instituciones que los protagonizaron. Pretender ignorar el origen y la condición cristiana de Europa es tanto como negar la evidencia de lo realizado.

Estas consideraciones nos llevan a los cristianos del viejo continente, católicos, ortodoxos y evangélicos, a cuestionar el porqué de ese empeño de impedir en el prólogo de constitución europea cualquier referencia al cristianismo como factor fundacional y a la vez definidor del espíritu europeo. Sorprende ver cómo esta anomalía impulsada por los laicistas france-

ses por la presión de la masonería, tan solo es contestado con firmeza por los países del este, recién salidos de las dictaduras comunistas, mientras que las consolidadas democracias de occidente guardan silencio, al igual que en los intentos de legislar sobre el uso público de los símbolos religiosos, como el caso del crucifijo en las escuelas.

Hasta aquí hemos visto cómo el valor doctrinal de la razón, como afirma Benedicto XVI, y los argumentos históricos, constituyen el mejor refrendo del valor fundacional del cristianismo en la construcción de la cultura europea y cómo sus valores doctrinales impregnan el sentido democrático y los principios éticos de la sociedad europea.



Muchos creyentes sienten que es preciso pasar a una dinámica de iniciativa que sirva para impregnar la cultura actual de los valores cristianos, dando respuesta a los problemas y demandas de la sociedad del presente.

Para nada cabe una actitud defensiva y timorata de los cristianos en todos los ámbitos, ya sean políticos, culturales o sociales. De lo expuesto nadie puede pretender ignorar el papel protagonista que la fe cristiana y la Iglesia católica han tenido en la construcción europea.

Pero la postura actual de los católicos, máxime cuando nos encontramos a las puertas de un proceso electoral, como son las elecciones europeas, no puede quedar reducida a un análisis o a una serie de reflexiones limitadas al campo de la historia o del debate intelectual. **Muchos creyentes sienten que es preciso pasar a una dinámica de inicia-**



¿Qué Europa queremos construir? Sin duda la que sea respetuosa con el principio de libertad religiosa y reconozca el papel determinante del cristianismo en sus orígenes y en su evolución y desarrollo.

tiva que sirva para impregnar la cultura actual de los valores cristianos, dando respuesta a los problemas y demandas de la sociedad del presente.

Esta posición es tanto como decir que el voto católico por una parte rechaza aquellas opciones hostiles al hecho religioso con la misma energía que no se identifican con aquellos otros que en sus programas no recojan las alternativas de la doctrina de la Iglesia para afrontar la superación de las desigualdades e injusticias surgidas en la crisis económica actual.

¿Qué Europa queremos construir? Sin duda la que sea respetuosa con el principio de libertad religiosa y reconozca el papel determinante del cristianismo en sus orígenes y en su evolución y desarrollo.

Pero también una Europa respetuosa, cuyas instituciones no pretendan interferir en la libertad de conciencia de sus ciudadanos y en su derecho a vivir sus vidas de acuerdo con los valores religiosos de su fe.

En una Europa azotada por una crisis económica sin parangón, siempre sorprende como los católicos no reivindican los principios de la doctrina social de la Iglesia, que en estos momentos de carencia de alternativas ideológicas fruto de la mediocridad imperante en la política actual, ofrece todo un cuerpo de propuestas y principios acordes con los valores evangélicos, presididos por la búsqueda

de la igualdad y la solidaridad, nacidos de la condición fraternal del cristianismo.

Y en una sociedad aquejada de una falta de valores que arrumba incluso con las más elementales formas de convivencia, los principios del humanismo cristiano representan el único asidero para abordar una regeneración democrática de la sociedad.

No es sólo por tanto reivindicar la innegable aportación del cristianismo a Europa. No es sólo tampoco superar cualquier tipo de complejo y evitar la colaboración con las corrientes laicas y agnósticas en un diálogo constructivo para establecer metas comunes o superar diferencias en el proceso de construcción europea. Es también tomar la iniciativa y llenar el vacío existente en la sociedad actual de propuestas, ofreciendo las alternativas emanadas de la Doctrina Social de la Iglesia y los principios del Humanismo Cristiano, legitimados además por el compromiso de las instituciones católicas a favor de los más desfavorecidos.

Sin duda alguna, tiempos llegarán en que los católicos seamos conscientes de la necesidad de ser consecuentes en el testimonio público de nuestra fe, incluso ante las propias urnas.

En Gandario a 24 de marzo de 2014.

(F. Vázquez fue alcalde de La Coruña y embajador de España ante la Santa Sede, entre otros cargos)